



¿Cuba sin Fidel?

Javier Díez Canseco
Ex congresista

>>> Fidel Castro, revolucionario audaz, tenaz y hábil, marcó la impronta latinoamericana en el escenario mundial del siglo XX. Desde una pequeña isla caribeña —de las últimas en romper el yugo colonial español y sometida al imperio estadounidense— condujo, con el *Che* y Camilo (de una fuerza moral extraordinaria), una irrepetible gesta política, social, cultural y ética, de extraordinarias dimensiones. Pocos imaginaron el proceso que se abría con el asalto al Cuartel Moncada en 1953, su célebre alegato “La Historia me absolverá” y el valiente desembarco del *Granma*.

Sus convicciones y decisiones, su voluntarismo y su impactante personalidad, marcaron la historia. Se trata, en realidad, del último prócer de la independencia que culmina la gesta de Martí y funda una nueva Cuba, en la batalla por una nueva América Latina. Un George Washington de los Estados Unidos, un Ho Chi Min de Vietnam. Ideólogo, jefe militar y eximio diplomático, fue capaz de convertir reveses en victorias y de construir las alianzas necesarias. Extraordinario comunicador y organizador, predicador —practicante e incansable— de valores centrales que ha buscado sembrar en el sentido común de los dirigentes cubanos y la población, enarboló el valor de la unidad nacional, la necesidad de una soberanía no negociable, el afán de justicia e igualdad, la solidaridad y el internacionalismo, la ética de la

responsabilidad y del ejemplo, la coherencia política, la necesidad de estar abierto al aprendizaje... Ese es el Fidel que conozco, como lo resaltó Felipe Pérez Roque en los actos realizados para celebrar sus 80 años.

Un 70 por ciento de los cubanos de hoy nacieron en la Cuba socialista. Vivieron la experiencia de ser el primer territorio americano sin analfabetos, con una educación para todos y de calidad envidiable que alberga —solidariamente— a miles de becarios del tercer mundo. Tienen —austeramente— extraordinarios estándares de salud pública y esperanza de vida, comparables con los de los Estados Unidos. Son el país con más médicos por habitante, cuentan con miles de profesionales repartidos por el mundo (de Bolivia al África), y se han propuesto operar de la vista gratis —con Venezuela— a 6 millones de latinoamericanos pobres. Han vibrado con la excelencia deportiva y con los lauros del ballet de Alicia Alonso. Otros compartieron la firmeza con que encaró la invasión de Bahía Cochinos y la crisis de los misiles, o fueron actores de muchas intervenciones internacionales solidarias, como la que llevó a 300 mil cubanos a luchar en Angola por su unidad e independencia, o las de médicos y maestros frente a los huracanes en Centroamérica o el Asia. Millones cantamos y bailamos con la música que rompió el bloqueo imperial: Beni Moré, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés...

Sin duda, Cuba está marcada por sus opciones políticas y los condicionantes impuestos por el monstruo del Norte: rigores y austeridad, un sistema de partido único y de prensa regulada, fuerte organización social y sistemas de control, que consideran condiciones fundamentales de

la viabilidad del proceso ante un enemigo tan colosal. Y, claro, problemas sociales derivados de ello: corruptelas, informalidad y otros, que el mismo Fidel ha señalado.

David vecino de los Estados Unidos, Fidel es el único gobernante que ha sobrevivido a la Guerra Fría y que en un mundo unipolar, enhiesto y sin la URSS, enfrenta el endurecimiento del implacable bloqueo estadounidense —más de cuarenta años— mientras impulsa exitosamente sus relaciones políticas y comerciales con la América morena por la que siempre batalló, y su economía tiene la mayor tasa de crecimiento del 2006 en América.

En ese contexto, Fidel enfrenta el trance inevitable entre la vida y la muerte, tanto en el terreno personal como en el que ha sido su pasión: el destino de la Revolución Cubana.

Su grave crisis de salud, previos incidentes en el 2001 y el 2004, tuvo —otra vez— un desenlace, médico y político, imprevisible para ciertos futurólogos. Frustró a Bush y al inverosímil Caleb McCarry, ostentoso “coordinador de la transición en Cuba” con 59 millones de dólares de presupuesto para “acelerarla” y asegurar el derrumbe del régimen. Ambos —y otros— esperaban de la naturaleza lo que no pudieron lograr los más de 640 atentados que propiciaron contra Fidel, y, claro, el desplome estatal.

Ni lo uno ni lo otro. De puño y letra, Fidel, como lo había ya anunciado en el 2001 ante las especulaciones desatadas por un desmayo que sufriera (“El más calificado es Raúl. Pero no solo está él, sino una pléyade de jóvenes nuevos y con talento en nuestro país”), encomendó sus funciones a Raúl Castro —segundo en la jerarquía— junto al ex ministro de Economía y jefe del Plan Energético, Carlos Lage, el ministro de Relaciones Exteriores, Felipe Pérez Roque, con el apoyo del presidente de la Asamblea, Ricardo Alarcón. No hubo atisbo alguno de maremoto social, ni movimientos cismáticos en las Fuerzas Armadas Revolucionarias. No porque Cuba sea un paraíso sin problemas, sino porque hay ejes firmes, y está lejos de ser la URSS y de repetir su ciclo.

Fidel Castro y la dirección cubana —con realismo— están reflexionando y preparando su alejamiento del poder hace tiempo. Sin duda, cuentan con un aparato partidario y estatal fuertes, con mecanismos de control —estatales y sociales— que manejan la situación y fuerzas de seguridad comprometidas con el proceso, más allá de Fidel. Se vive una nueva situación política latinoamericana (Chávez, Lula, Evo, Kirchner...), que da otro escenario al intervencionismo y abre espacio económico a Cuba, lo que se refleja en una paulatina mejora del abastecimiento y en cierta reactivación económica. Pero, además, es indudable que para los cubanos en la isla la posibilidad de una agresión estadounidense, y sus reclamos subsiguientes, constituyen amenazas tangibles a sus derechos, propiedades y perspectivas. En Cuba se combina el aprecio a un padre de la Nación, Fidel y la

demanda de estabilidad de los logros alcanzados, con la búsqueda de cambios en la calidad de vida y otros aspectos de la situación política.

Fidel mismo, en una entrevista concedida a Ramonet en el 2005, dice sobre Cuba y su futuro: “¿Es que las revoluciones están llamadas a derrumbarse, o es que los hombres pueden hacer que las revoluciones se derrumben? ¿Pueden o no impedir los hombres, puede o no impedir la sociedad que las revoluciones se derrumben? Yo me he hecho a menudo estas preguntas. Y mire lo que le digo: los yanquis no pueden destruir este proceso revolucionario, porque tenemos todo un pueblo que ha aprendido a manejar las armas; todo un pueblo que, a pesar de nuestros errores, posee tal nivel de cultura, conocimiento y conciencia que jamás permitiría que este país vuelva a ser una colonia de ellos. Pero este país puede autodestruirse por sí mismo. Esta revolución puede destruirse. Nosotros sí, nosotros podemos destruirla, y sería culpa nuestra. Si no somos capaces de corregir nuestros errores. Si no conseguimos poner fin a muchos vicios: mucho robo, muchos desvíos y muchas fuentes de suministro de dinero de los nuevos ricos”.

“Por eso” —continúa Fidel— “estamos actuando, estamos marchando hacia un cambio total de nuestra sociedad. Hay que volver a cambiar, porque tuvimos tiempos muy difíciles, se crearon desigualdades, injusticias. Y vamos a cambiar sin cometer el más mínimo abuso. Habrá una participación cada vez mayor y seremos el pueblo que tendrá una cultura general integral. Martí dijo: ‘Ser cultos es el único modo de ser libres’, y sin cultura no hay responsabilidad política.”

Cuba, su dirección política y las juventudes que se forjan al calor de la “Batalla de Ideas” que se libra en la isla, están dando cara a estos retos y curso a una renovación dirigencial. Probablemente Fidel no retome el protagonismo que tuvo. Habrá cambios, propios del alejamiento de un fundador. Raúl, que gobierna más desde el partido que desde la escena pública, abre campo a nuevas figuras, generaciones y procesos. Cambiarán ciertas políticas en un proceso de rectificación y atención a la Batalla de Ideas (se sostiene que Raúl impulsó la apertura del mercado campesino y promovió —desde empresas de las Fuerzas Armadas— las primeras experiencias comerciales cubanas). Pero nadie se confunda: la Revolución Cubana no es un castillo de naipes y tomará en cuenta procesos como el chino o el vietnamita antes que el desastre de la URSS que entregó el poder a verdaderas mafias. Batallará infatigablemente por mantener la unidad y la soberanía nacionales, por defender y profundizar sus logros en materia de justicia social y desarrollo humano, y por desarrollar los canales de participación y protagonismo popular que requiere una sociedad libre y culta como la que sueñan.

Con los cambios que vengan, Cuba seguirá en la senda de Martí, el *Che* y Fidel.